

El Ayuntamiento brocense le había ofrecido años antes regalarle un solar, para que edificase una casa. Como esto no podía ya realizarlo, se hicieron gestiones para alquilarle una vivienda. Fué a Brozas y estuvo también en Cáceres. La palabra paisano no se le caía de los labios, brotándole del corazón. Era el derrotado que no tenía en el mundo más familia que sus paisanos.

En aquel otoño se organizaron en Cáceres las fiestas del Voto Asuncionista. Iban a darse representaciones teatrales por aficionados. Yo me acordé de Casimiro e hice que viniese de Brozas para dirigir las. Fué director y representó en el Gran Teatro un diálogo con una chica. Pero estaba agotado, totalmente agotado. Su mente no regía con claridad. En su trato se apreciaban contrastes enormes, aquellos contrastes de carácter a los que ya aludí, exacerbados ahora. Oscilaba constantemente entre las ilusiones de planes fantásticos para el futuro y el pesar de su fracaso absoluto. Reía y lloraba a cada momento. Guardo cartas de aquel período, en las que se refleja el desequilibrio mental. Era auténticamente una ruina física, como consecuencia de la ruina económica y de su fracaso matrimonial.

Vivió una temporada en Brozas; pero pronto tuvo deseos de marchar fuera, soñando con ingresos por la publicación de sus memorias, que estaba redactando. Reunió algún dinero, que generosamente le donaron, y se puso en camino. Pasó por Cáceres. Aquí nos despedimos. Me abrazó muchas veces, llamándome paisano.

Fué a Barcelona y allí murió unos meses después, pobre y solo. Creo que en sus últimos momentos debió pensar en las gentes de Brozas y de Extremadura, que tan cariñosamente le habían tratado. Es posible que hubiera sido para él un consuelo tener junto a su lecho de muerte un extremeño al que llamarle, de corazón, paisano.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de San Miguel

IDEARIO EXTREMEÑO

Las virtudes nos esquadran — de nueftros áfpéros yerros — y, por razones que quadran, — como muy feroces perros; — porque te animes y goces, — en huyr tu falfa fecta, — dan, a tus hechos, atroces — perros, ladridos feroces — ¡biua la vida perfecta!

DIEGO SANCHEZ DE BADAJOZ

AGRADECIMIENTO

I

Gabriel y Galán:

Conozco tu secreto dolor soterrado.

(A mí no me engañas
con tu blando, sencillo, monótono canto).

II

*Tonadas de la tierra y vida en la alquería,
la gaita del pastor, los amores castos,
los labriegos formales y las mansas penas,
la serena fuente,
el arroyo claro...*

¡Filfas y pamplinas!

¡Bah! Es lo que fingías — tan enamorado
tu bello corazón — ante mentida Arcadia;

ante el hombre mezquino, egoísta y pazguato

— gesto burdo, torvo,

entre vil y hurano —

a quien la sordidez, la avaricia y la envidia,
dan savia de caínes en pugna de hermanos;

ante el grito blasfemo que sigue al granizo

si quiebra el sembrado;

ante la tosca trama de bajas ruindades
que componen la vida rijosa del campo ..

(Esa frecuentemente fea y triste lacra
que dolió a Machado)

III

A mí no me engaña
tu sabroso engaño
¡más cómo te agradezco tu intención loable!
He calado el secreto que encierra tu canto:
Tú palpaste la llaga de fétido pus
que rezuma la negra esclavitud del campo,
y con tus versos —chispas de luz que embellecen,
panacea y bálsamo —
en canción pulida
trocaste lo zafio,
y cual nuevo Habacuc entre yermas higueras,
apolilladas vides, desiertos establos
y menguados trigos
por hoscas solanas,
hallaste fortaleza en Dios y en El tu gozo,
tu paz en remanso;
y alumbraste la senda de la tierra al cielo
encubriendo lo hediondo de los hombres malos.
¡Con amor no cantaste ese murido —fantasma,
para ti de verdad por haberlo soñado!
Clavaste en nuestro pecho el soñar de tu sueño
y arraigó tu engaño,
y nos dió por fruto
la perenne ilusión de sentirnos mejores
y hacernos hermanos.

FERNANDO BRAVO Y BRAVO



PELLIDAR a José María Gabriel y Galán el *Virgilio español* pudiera parecer excesivo. no habiendo llegado el vate salmantino —tal vez debido a lo corto de su existencia terrena — a la dimensión histórica y trascendencia del Coloso de Mantua. El epíteto, sin embargo, se le puede aplicar con toda propiedad si le consideramos, y no hay ninguna inexactitud en ello, como el único gran poeta naturalista con que cuenta el Parnaso hispánico. Ampliamente trataron esta modalidad autores de la periferia peninsular, de lengua no castellana y, sobre todo, existen de ella obras insignes en la producción castellana no española, es decir, en América. Pero en el sentido estricto de lo que se suele entender por Literatura Española, Gabriel y Galán es único, como ya decía Cejador en su tiempo. Es un hecho que ni los clásicos ni los románticos, ni mucho menos la pléyade contemporánea, se han sentido atraídos por el grandioso escenario natural en que, sin embargo, todos ellos vivieron y viven. El poeta

Un poeta naturalista

por CARLOS CALLEJO

español, genéricamente hablando, ha escrito siempre sus composiciones en su gabinete de trabajo de espaldas al balcón.

Las pocas veces que nuestros autores poéticos, aun los de más

variada y plástica inspiración, han traído elementos naturales a sus obras, lo han hecho siempre como recurso, para amenizar con unas cuantas pinceladas verdes el tema tratado. A lo sumo como el paisaje convencional de fondo que de cualquier manera completa el cuadro cuyo primer término ocupa un asunto de muy distinta índole. Nunca la naturaleza ha sido la protagonista única de una obra poética, ni siquiera plenamente de una sola composición.

A estas aseveraciones, instintivamente la memoria nos objeta el nombre de Fray Luis de León. Pero si con algún detenimiento estudiamos los versos de éste, veremos que en ningún momento se le puede denominar naturalista. Como su modelo Horacio, Fray Luis es un poeta de corte, cuando más de cátedra, y no un cantor de la Naturaleza. Si en alguna ocasión celebra la *noche serena* o el *huerto recatado*, es a manera de evasión momentánea de su pensamiento habitual, como ideal de reposo que su vida no logra alcanzar. Esa fontana pura y ese campo de esparcidas flores, Fray Luis los ve sólo desde la ventana de su celda. Incluso en su oda a Felipe Ruíz, la ansiedad por conocer los misterios naturales es nada más que un pretexto para su especular filosófico, un medio y no un fin.

En los demás autores del siglo de oro, que escenificaron al aire libre sus cantatas y églogas, tales como Garcilaso, Gil Polo, Jáuregui, etc., la visión de la Naturaleza es sólo un *pastiche*, un diorama convencional y artificioso, sacado de las ficciones pastoriles griegas